La Pobreza de Cervantes

DISCURSO

LEÍDO POR

D. Vicente Calatayud y Bonmatí

EN LA

VELADA LITERARIA

dedicada por el

INSTITUTO DE 2.ª ENSEÑANZA DE VALENCIA

A SOLEMNIZAR EL

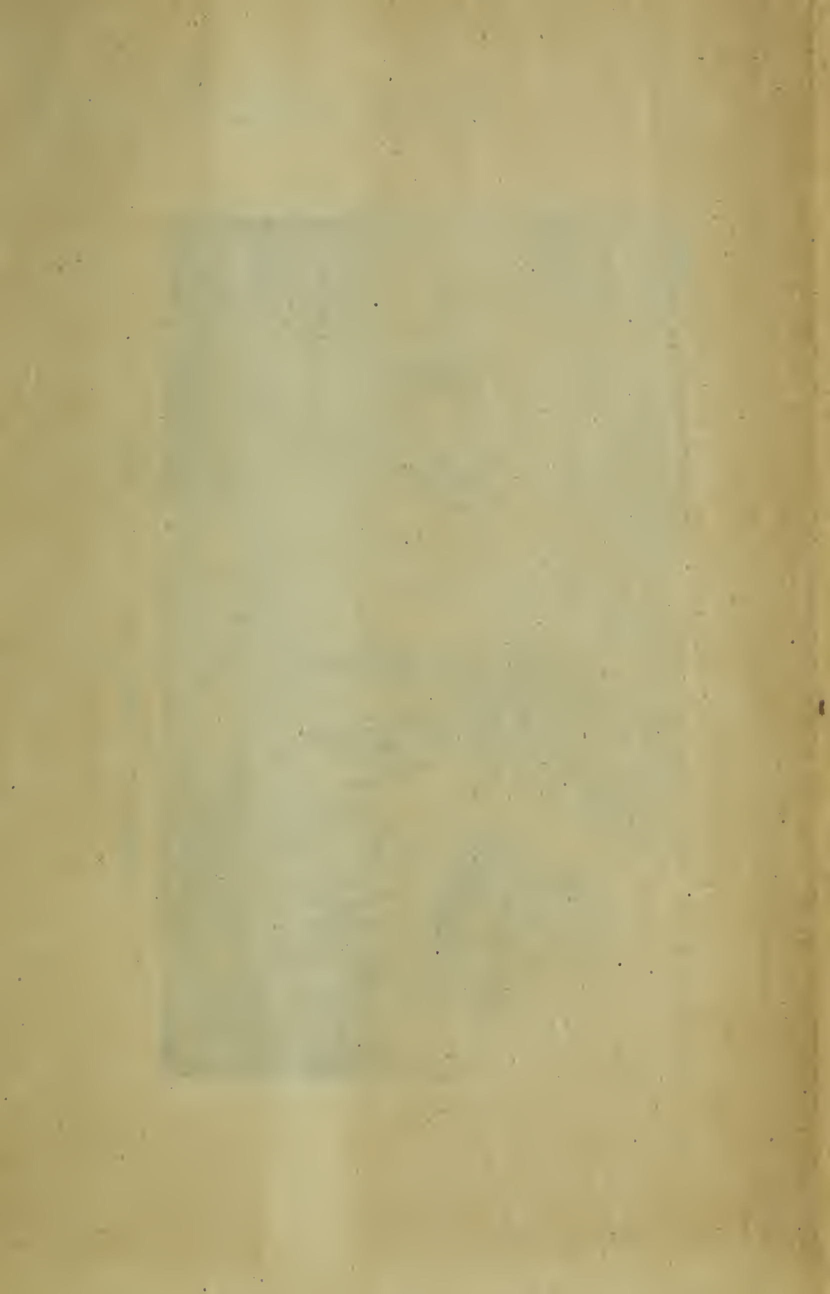
TERCER CENTENARIO DE LA APARICIÓN DEL «QUIJOTE»



VALENCIA.—1905

BIBLIOTECA ESPAÑOLISTA







RECUERDO DEL TERCER CENTENARIO DEL QUIJOTE

La Pobreza de Cervantes

DISCURSO

LEÍDO POR

D. Vicente Calatayud y Bonmatí

EN LA

VELADA LITERARIA

dedicada por el

INSTITUTO DE 2.ª ENSEÑANZA DE VALENCIA

A SOLEMNIZAR EL

TERCER CENTENARIO DE LA APARICIÓN DEL «QUIJOTE»



VALENCIA.—1905

BIBLIOTECA ESPAÑOLISTA





La pobreza de Cervantes

SEÑORES:

Bien ha merecido de los amantes de las glorias nacionales el popular escritor Mariano de Cavia, que en momento de feliz inspiración concibió y dió á luz la idea de celebrar el tercer centenario de la aparición del inmortal libro *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.* Apenas anunciada, fué acogida con simpatía por la opinión pública, y no tardó en apoderarse de los ánimos y dominar en ellos como invencible sujestión. Es que el pueblo español, abatido por desgracias recientes, sentía nostalgia de su grandeza pasada, y el nombre de Cervantes, que es una de sus glorias no marchitas y tantas otras recuerda, sonó en sus oídos como voz de esparcimiento en las tristezas presentes, y como llamada de esperanza para lo porvenir. La simpatía del primer momento trocóse

muy luego en entusiasmo caluroso, que llegando hasta el Poder público, inspiró la R. O. del Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes, en que el Ministro, interpretando el general deseo, recomendaba la celebración de actos literarios y artísticos en todos los centros docentes, para conmemorar aquel acontecimiento señalado con piedra blanca en los fastos literarios de la nación española. Universidades é Institutos, Escuelas públicas y privadas, Academias y Ateneos, Liceos y Colegios han competido por dar solemnidad á estas fiestas, noble expansión del espíritu nacional que vive y alienta en las sabrosísimas páginas del *Quijote*, como vivía y alentaba en el alma de su autor, el nunca como se debe alabado *Miguel de Cervantes y Saavedra.* Doquiera se habla la lengua en que fué escrito *El Ingenioso Hidalgo,* y aun en pueblos donde se habla lengua distinta, resuena hoy con elogio el nombre del que justamente comparte con Castilla el derecho de dar apellido á la lengua de los españoles.

No ha desmentido Valencia en esta ocasión su tradicional entusiasmo por Cervantes, de que son monumentos imperecederos la *2.ª edición del Quijote* hecha en nuestra ciudad el mismo año que se imprimió la primera de Madrid, y la bellísima comedia *D. Quijote de la Mancha* de nuestro Guillem de Castro, compuesta dos años después.

Un número, aunque modesto, del festival que dedica á honrar la memoria de nuestro héroe, es la velada que celebramos. El claustro que la preside acordó que los alumnos de Lengua Castellana y el

que os dirige la palabra, como encargado de su enseñanza, compartiéramos con los de *Historia literaria* y su profesor el papel de mantenedores de este certamen. En cumplimiento, pues, de tal acuerdo, me levanto para dar una nota, siquiera inarmónica por lo que á mí toca, en el general concierto de alabanzas al insigne español, que con la espada y con la pluma supo conquistar inmarcesibles laureles para sí y para el suelo donde nació, el cual siente orgullo de su *Manco de Lepanto*, autor de *El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha,* «honra, no solamente de su patria, sino también del género humano». (Bowle, *Anotaciones al Quijote).*

No he de ocultar, señores, el desasosiego que siento al tener que hablar del Príncipe de los Ingenios, y haber de hacerlo en presencia de maestros respetabilísimos por su ciencia, y delante de escolares dignos de tales maestros; mas este temor es la mayor alabanza que de cuanto yo diga podrá resultar á Cervantes y el mayor homenaje de respeto que puedo tributaros á vosotros; porque tal temor, que acompaña siempre á la percepción de lo sublime, sólo se produce en el alma por la contemplación de algo extraordinariamente grande, por donde el que ahora me asalta viene á ser espontánea y auténtica revelación de la magnitud de la causa que lo engendra; no de otra suerte que los temores y zozobras de los que navegan, dan testimonio de la imponente grandeza del mar, que hace sentir la propia pequeñez á quien se atreve á surcarlo sobre débil quílla.

No voy á reseñar la vida de Cervantes por ser harto conocida; sólo quiero notar una circunstancia de ella, la *pobreza*, su compañera inseparable de la cuna á la mortaja. Cuenta el licenciado Francisco Márquez de Torres censor eclesiástico de la segunda parte del *Quijote*, que preguntado por unos caballeros franceses que formaban el séquito de cierto embajador de aquella nación, acerca de la «edad, profésión, calidad y cantidad» de Cervantes, cuyas obras hasta entonces publicadas se sabían casi de memoria, hubo de decirles que era «viejo, soldado, hidalgo y *pobre*». Y como uno de los interlocutores respondiera sorprendido de que «á tal hombre no le tuviese España muy rico y sustentado del Erario público», otro caballero contestó con mucha agudeza: «*Si necesidad ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo*». Así fué, y bien podemos nosotros bendecir aquella pobreza que apretó á su ingenio y le hizo sacar el inapreciable tesoro con que enriqueció las patrias letras.

No lo estiman así muchos que, tomando pié de esta circunstancia de su vida y como si quisieran hacer resaltar con el desdoro de la nación el mérito del escritor, mezclan con sus elogios á Cervantes acerbísimas censuras injuriosas para España, con mengua y olvido de aquel sentimiento que el gran orador romano llamaba *pietas in patriam—piedad para con la patria*. ¡Como si la gloria del autor de *La Galatea*, de las *Novelas ejemplares*, del *Persiles* y, sobre todo, de *El Ingenioso Hidalgo* no pudiera

sostenerse ni brillar sino á favor de las sombras y negruras que nublen el claro cielo de nuestro noble pueblo! Yo no suscribo á tales censuras ni á ellas suscribiría Cervantes; antes bien sus manes rechazarán piadosos las alabanzas que se le dirijan envueltas en el oprobio de la patria. Nunca brotó de su pluma recriminación alguna contra ella, y si á veces su gran corazón, siempre sereno y jovial, se sentía oprimido por el peso de la desgracia, á sí mismo, que no á otros culpaba de sus infortunios.

Alguien ha dicho ingeniosamente que Minerva unge á sus devotos con un aceite mágico que confiere órdenes de gloria con imposiciones de hambre y harapos. Parece, en efecto, disposición secreta de la Providencia que los hombres de talento extraordinario y de virtudes superiores han de pasar por la tierra devorando privaciones y apurando amarguras. Ciego y pobre fué el autor de la *Iliada;* el del *Paraíso perdido* terminó su vida en un barrio oscuro de Londres, sin más recursos que el escasísimo producto de sus versos vendidos por sus hijas; y no gozaron de mejor fortuna Weber y Mozart en Alemania, Moliere en Francia, Dante en Italia y Camoens en Portugal. Edgardo Poé, gran poeta de los Estados Unidos del Norte, arrastró una vida miserable, y Becker, el Tirteo de Germania, Chénier, Gilbert, Hoffman fueron infelices. No hay nación que no ofrezca ejemplares de esta guerra del mundo á los hombres que son honra y gloria de su raza, y de cada una podría decirse lo que se ha dicho de Irlanda: *Hibernia semper incuriosa suorum.*

¿Por qué, pues, atribuír á vicio imputable como característico de España lo que es fenómeno general sujeto á la jurisdicción de una ley de la historia, que los gentiles divinazaron en la diosa Fortuna, los cristianos llamamos Providencia, y cuyo misterio tiene tal vez su revelación en aquel *nadie es profeta en su patria*, salido de labios divinos? Laméntense, en buen hora, las privaciones y desengaños que amargaron la vida del Príncipe de los Ingenios, como amargaron la de tantos otros varones ínclitos por su talento ó por su virtud; pero si á censuras vamos, no sabemos qué las merecerá mayores y más acerbas: si lo incurioso ó lo avaro de otros tiempos en conceder públicos honores á los hombres de mérito sobresaliente, ó lo fácil y pródigo de los nuestros en darlos inmerecidamente á tantos necios que los mendigan y los obtienen con desdoro de las letras, mengua de la ciencia, ruína de las costumbres é injuria al verdadero mérito. En aquellos tiempos—dice discretísimamente Valera,—«si el soberano sacaba á veces del lodo á validos indignos y necios, éstos no eran tan instables y ni remotamente tan numerosos como los que hoy levantan los partidos; por donde no hay nadie por ruín y para poco que sea, que no se juzgue en potencia propincua de escalar los primeros puestos, y con el derecho de infamar á los que mal ó bien los ocupan y estorban el logro de su deseo» (*Discurso* leido en la Real Academia Española en 15 de Septiembre de 1864).

Apena el alma leer lo que á tontas y á locas se dice y repite de esta nobilísima nación, por si

Cervantes no tuvo la protección que debió, por si no fué conocido y premiado su mérito tan pronto como fuera justo. por si murió oscurecido y fué sepultado en humilde tumba! Tengo guardados varios artículos y no corto número de composiciones en verso escritas en honor de Cervantes, y apenas hay alguna que á vueltas de las alabanzas á nuestro héroe, no contenga frases mal sonantes para España. En una escrita en décimas, leo:

«También martir supo hacerte
»La ingratitud española».

En otra compuesta en redondillas, que nada tienen de cervánticas, se expresa así su autor:

«Es la patria de Cervantes!
. . . .
La que á esos genios gigantes
En triste pago condena
A Colón á una cadena,
Y á la miseria á Cervantes.
La que quizá á algún enjambre
De necios llenó de honores,
Cuando harto ya de dolores
Moria Cervantes de hambre.
En sus últimos instantes
Al pie de la sepultura,
¡Oh patria! con qué amargura
Debió mirarte Cervantes!»

¡Así, señores, se fantaséa por tener el triste placer de maldecir de la patria! No revela tal estado de ánimo imaginado por el autor de esos versos, la carta que después de recibida la Extremaunción, cuatro días antes de morir, escribió Cervantes al

Conde de Lemos. En cambio sentirá ahora amargura oyendo pronunciar su nombre para hacer de él piedra de escándalo en vilipendio de su patria. Aparte que no es cierto, en absoluto, el abandono que se supone, y de ello da testimonio el mismo Cervantes:

«Viva, dice, el gran Conde de Lemos, cuya Cristiandad y liberalidad bien conocida contra todos los golpes de mi corta fortuna me tiene en pie; y vívame la suma caridad del ilustrísimo Toledo, D. Bernardo de Sandoval y Rojas, y siquiera no haya imprentas en el mundo, y siquiera se impriman contra mí más libros que tienen letras las coplas de Mingo Nevulgo. Estos dos príncipes, sin que lo solicite adulación mía ni otro género de aplauso, por sola su bondad han tomado á su cargo el hacerme merced y favorecerme, en lo que me tengo por más dichoso y más rico que si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre.

La honra puédela tener el pobre, pero no el vicioso; la pobreza puede nublar á la nobleza, pero no oscurecerla del todo; pero como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrechura, viene á ser estimada de los altos y nobles espíritus, y por consiguiente favorecida». *(Prólogo* de la 2.ª parte del *Quijote).*

Así pensaba Cervantes y así sentía de la pobreza; no como le presentan espíritus estrechos que no alcanzan la elevación de su alma y la grandeza de su corazón, templado al calor de una educación cristiana y piadosa, que le sostenía tranquilo y re-

signado en sus desgracias, sin que fuesen bastante á moverle los reveses de la fortuna ni la malquerencia de sus rivales. «Si se atiende—dice un eminente crítico—á lo maltratado que fué Cervantes por la fortuna ciega, por ásperos enemigos y miserables émulos, y á que escribía el *Quijote* viejo, pobre y lleno de desengaños, pasma la falta de amargura y de misantropía que se nota en su sátira».

No acepto, sin embargo, el parecer de quien, para sincerar á España de la nota de indolente é ingrata, ha tomado á empeño negar á Cervantes su miseria y sus desgracias, sin advertir que con esto le quita la joya más preciosa de su diadema y el brillo más puro de su gloria. No hay verdadera gloria sin desgracia; el infortunio es el hoplita que les va abriendo el campo á los varones esclarecidos, es el dragón que guarda las manzanas de oro en el jardín de las Hespérides: Quien desee apoderarse de ellas á todo trance, ha de pelear con ese monstruo y vencerle en singular batalla; y puesto que le venza, no ha de salir sino chorreando sangre el cuerpo, el corazón herido, el alma ensayada al fuego.

Cervantes tuvo enemigos, tuvo envidiosos que le persiguieron. Siempre la envidia ha puesto su asiento junto al mérito y la virtud. Donde quiera surja un Sócrates, se levantarán para acusarle Anitos y Melitos; para un Homero no faltará jamás un Zoilo; un Virgilio tendrá siempre Mevios que le insulten y Bavios que hagan fisga de él y le escarnezcan. La envidia es la primogénita de las ruines pasiones. Su estrategia en

todo tiempo ha sido oponer los ingenios mediocres á los superiores, procurando que del ensalzamiento desmedido de los primeros resulte la desestimación que los envidiosos ansían para los segundos. Esta táctica es de ayer y de hoy. ¿Se ve á uno que pueda prevalecer por su talento ó por su virtud sobre los demás? Allí están todos unidos con los lazos del odio para echarse sobre el atrevido que tiene la avilantez de ser más que ellos: le negarán el talento, la virtud y el mérito que con generosidad conceden al primer mediocre ingenio que se preste á hacer su infame juego: á Petrarca opondrán un Serafín Aquilano, á Racine un Pradrón, á Cervantes un Avellaneda.

Es esta antilogia como el testimonio de lo avieso y torcido de la humana condición en el estado de nuestra naturaleza caída; es la revelación del misterio del pecado original. El hombre virtuoso dado á la práctica de buenas obras, rara vez escapa de la burla ó de la ingratitud, y si no muere en la cruz, están á todas horas en un tris de lapidarle sus más íntimos amigos.

El fenómeno es de todas las épocas: las pasiones humanas han producido siempre graves desórdenes en los pueblos y naciones; mas pasados esos tiempos, debe correrse un velo sobre las llagas que han abierto en la humanidad, según el hermoso pensamiento de Estacio en aquellos versos, que nunca debieran olvidarse:

Excidat illa dies aevo, nec postera credant
Saecula; nos certe taceamus, et obruta multa
Nocte tegi nostrae patiamur crimina gentis.

Bórrese de los tiempos aquel día,
Ni en él crean los siglos venideros;
Callémoslo nosotros igualmente,
Y hagamos que en la noche del silencio
Los crímenes que ha visto nuestra raza,
A la posteridad queden cubiertos.

Así habla el buen sentido, y de lamentar es que no tengan á la vista su dictamen los que un día y otro se entretienen en revolver el cieno de la historia, no en verdad para sacar lecciones útiles á la posteridad, sino por el menguado placer de arrojar lodo al rostro de pasadas generaciones, bajo la sugestión de un insano modernismo á cuyo parecer

cualquiera tiempo pasado
fué peor,

sin parar mientes en que con ello contradicen una ley psicológica del espíritu humano (1).

(1) Por si necesitara justificación este mi juicio sobre esta tendencia modernista, estimo oportuno trascribir la siguiente observación de Valera [a]. «Es condición del alma humana no contentarse con lo presente, y como la aspiración con dificultad finge una esperanza adecuada á ella, los hombres suelen siempre fingir en lo pasado y no en lo porvenir lo sumo de la hermosura y de la perfección que conciben. Para levantar sobre cimientos sólidos el alcázar de nuestras ilusiones y la meta ó termino de nuestro deseo, conviene, si ha de ser en lo porvenir, apelar á lo sobrenatural, ir más allá de este mundo sensible en alas de la fe religiosa. En este mundo, con sólo la imaginación, y no sostenidos por la fe, jamás hemos llegado á fantasear, soñar ó columbrar otra vida mejor en lo venidero, hasta una época muy reciente, de donde ha nacido una filosofía de la historia optimista y alegre: la doc-

[a] *Discurso* leido ante la Real Academia Española en 25 de Septiembre de 1864.

Si nuestros antepasados contemporáneos de Cervantes no le conocieron ni honraron en vida como merecía, hacémoslo ahora nosotros, que somos la misma nación, y tenemos con ellos la solidaridad de la historia. Y si se dice que los honores póstumos no alivian los dolores que sufrieron en vida los ínclitos varones á quienes se tributan, responderé, que los hombres verdaderamente grandes nacen el día de su muerte. El *mayor de los griegos* herido en el campo de batalla, teme arrancarse el acero que tiene clavado en el corazón, hasta que no sabe el éxito de la jornada; y como sus compañeros de armas acudiesen á él gritando victoria, y luego al verle rompiesen á llorar, «Tebanos--les dice el héroe expirante,—vuestro general no ha muerto; al contrario, hoy, hoy, este día glorioso es cuando nace Epaminondas». Y se arranca el hierro del costado y muere. El día de su muerte nacía Epaminondas. Colón gimió en triste abandono en la obscuridad de un rincón de Valladolid. Nadie ignoraba la situación precaria del descubridor del

---

trina del progreso. Pero antes, y aun hoy para muchos hombres, la edad de oro se pone en lo pasado; y si en lo porvenir se esperó alguna vez ó se espera aún, es por milagro, y como una purificación, como una vuelta, como el renacimiento de un período histórico ya transcurrido. Las naciones ó las razas que tienen una grande y gloriosa vida ó por la acción ó por el pensamiento, y que vienen á decaer, á perder la fuerza política que las unía, y á dejar de vivir de vida propia, son casi siempre las que creen un ideal en que luego el resto de la humanidad se complace. Este ideal aparece en lo pasado, en el período de mayor esplendor de aquella raza, ó se columbra en lo porvenir merced á una renovación milagrosa y divina del mismo período».

Nuevo Mundo, y sin embargo nadie acudió en su auxilio. Mas tan luego como se supo su fallecimiento, el respeto se sobrepuso á la envidia, el dolor acabó con la indolencia, y allí fueron los decretos reales para honrar y ennoblecer al difunto: allí las exéquias de príncipe; allí la admiración entusiasta; allí el dolor, resonando en llanto sublime del uno al otro extremo de la nación. El que acababa de morir como un mendigo, nació para la grandeza en ese instante. El día de su muerte nació Colón para los pueblos civilizados, la gratitud le reconoció y el amor empezó á mecerle en cuna de oro.

El día de su muerte nació Cervantes; el día de su muerte nacen todos los hombres para quienes vivir es morir trabajando al yunque de la gloria. El lenguaje cristiano llama *natalicios* los días en que mueren los *santos*.

Si amigos indiscretos de Cervantes toman pié de su pobreza y de sus desgracias para injuriar á la Patria, en cambio sus enemigos, invocando aquella sentencia «cada uno es hijo de sus obras», deducen de ella cargos contra el autor del *Quijote*, achacando sus infortunios á vicios y malas pasiones. Si los primeros faltan á la piedad para con la patria, los segundos ofenden á la caridad y á la justicia que nos obligan para con nuestros semejantes, y si dignos de censura son aquéllos, no son éstos más excusables y menos merecedores de reproche.

Se equivocan los que pretenden explicar los misterios de la vida humana por la fácil y socorri-

da teoría de que *todo hombre es dueño de su suerte,* suponiendo que los hambrientos, los desnudos, los desheredados de la fortuna, grandes y pequeños, no han de imputar sus desdichas sino á ellos mismos, á su propia incapacidad é indolencia. Tan austeros Catones no recibirán sin duda la recompensa que el Hijo de Dios tiene ofrecida á los que ejercen la caridad á impulso de la misericordia: «tuve hambre y me dísteis de comer; tuve sed y me disteis de beber: venid, benditos de mi Padre, á recibir el premio de vuestras buenas obras». Si todos los desventurados del mundo debieran sus desventuras á sus propios vicios, el Juez infinito no llamara bienaventurados á los que lloran y padecen persecución, ni les llamaría á sí para consolarlos y glorificarlos: *venid á mí todos los que padecéis y estáis cargados, que yo os aliviaré».* No es lo mismo el vicio que la desgracia. Negar la existencia de la fortuna, allá se iría con negar su rueda, máquina real y bien á la vista que va moliendo en sus vueltas á la mitad del género humano, al paso que á la otra mitad la toma en el suelo y la levanta hasta colocarla frente á frente con el Sol. Los más ruines, ineptos y perversos suelen ser los que más alto se asientan insultando al universo con la incapacidad y la perversidad triunfantes. Desdichas, pesadumbres, dolores, son en cambio la herencia de la flor del género humano, y esa flor se compone de los grandes poetas, los filósofos sublimes, los héroes magnánimos, los patricios ilustres; y ante el cuadro lastimoso de poetas, filósofos, inventores de las cosas, descubridores de mundos,

grandes escritores, políticos eminentes, héroes de la virtud que se van á la eternidad oprimidos por el hambre, rendidos de fatiga, acoceados por sus semejantes, empapados en sus propias lágrimas, no podemos menos que reconocer la existencia de un misterio inescrutable que se desenvuelve en ellos desde el principio del mundo; misterio que vendrá por ventura á sernos revelado el último día de los tiempos, cuando las tinieblas vuelen rotas á la nada, y el cielo abierto nos inunde de luz nueva y nos harte de verdad. Entonces será cuando, viendo la vida humana á la clara luz que irradiará sobre nuestros ojos el rostro de Dios, conoceremos lo que ahora no nos es dado y exclamaremos... ¡buena es tu obra, Señor, perfecta tu ley, sabia y santa tu providencia!

Que Cervantes, tuvo defectos ¿quién no los tiene? Que tuvo debilidades: ¿quién está exento de ellas? Escrito está que siete veces al día caerá el justo, y precisamente por ese peligro de caer á que están expuestos aun los más virtuosos, se halla consignada en el libro de la Sabiduría aquella sentencia de divina prudencia que se lee en el Eclesiástico: *No alabes á hombre alguno antes de su muerte.* ¿No podría hallarse en esta manera de ver la razón de la sobriedad de nuestros antepasados en hacer la apoteosis de los grandes hombres mientras vivieron?

Entre cuantas ofensas se han hecho á Cervantes, ninguna tan injuriosa para él como la que le dirigen en son de elogio algunos de sus admiradores, suponiendo que el *Quijote* contiene un sentido oculto, *esotérico*, enigmático, no comprendido por

nadie hasta ahora, y descubierto en estos últimos tiempos por algunos iniciados que presumen de poseer la clave para explicarlo. No negaremos que escritores de reputación tanto nacionales como extranjeros han meditado sobre el recóndito espíritu del *Quijote;* pero atribuyéndole cada cual el simbolismo más de acuerdo con sus preocupaciones ideológicas, transforman al popular y trasparente *Caballero de la Triste figura* en una especie de mito filosófico á la moderna, que es lo mismo que despopularizarle. Tal vez arrastran á esos críticos, sin que ellos mismos lo conozcan, sus obcecaciones de escuela; tal vez, conociendo el valor de la adquisición, le pretende cada cual para la suya, achaque común á las sectas de todos los tiempos. Lo cierto es que recientemente se ha querido presentar á Cervantes como un descreído á lo Woltaire ó como un revolucionario á lo Tolstoi, cuyo pensamiento oculto ha sido combatir instituciones que él siempre respetó, y proclamar principios del novísimo radicalismo político-religioso.

Permítaseme traer aquí, para responder á semejantes cavilaciones, lo que á tal propósito ha escrito el ilustre académico que acaba de bajar al sepulcro, D. Juan Valera: «Así mismo dice—pretenden algunos—ver en Cervantes un descreído burlón. Nada, á mi ver, más contrario á la índole de su ingenio. Cervantes era profundamente religioso.....

España había hecho la causa de la religión su propia causa; había identificado su destino con el triunfo de nuestra santa fé; había puesto por base, no sólo á su imperio, sino á sus pretensiones de

preponderancia, y de primado, y de soberanía entre todos los pueblos de la tierra, la victoria del catolicismo sobre la incredulidad y herejía. Ser, pues, incrédulo entre nosotros, á más de renegar de Cristo, era renegar del ser de español y de hidalgo y de fiel vasallo. Este modo de nacionalizar el catolicismo tenía algo de gentílico y más aún de judaico: fué un error que vino á convertir, en España más que en parte alguna, á la religión en instrumento de la política; pero fué un error sublime que, si bien nos hizo singularmente aborrecedores y aborrecidos del extranjero, y conspiró á nuestra decadencia, colocó á España, durante cerca de dos siglos, á la cabeza del mundo, dándole en el gran drama de la historia un papel tan principal, que nada se entendería si nuestros grandes hechos, pensamientos y miras se sustrajesen por un instante de la escena.

Siendo esto así, como lo es, Cervantes, que en grado eminente representa el genio de España, tuvo que ser y fué eminentemente religioso. En todas sus obras se ven señales de la piedad más acendrada. Cuanto se conoce de su vida concurre á persuadirnos de esta calidad que adornaba su espíritu»...

No hay que hacer un análisis detenido del *Quijote*, para probar que carece de profundidades ocultas. Ningún crítico español ni extranjero ha descubierto ni rastro de esa doctrina *esotérica;* y sería de maravillar y caso único en los anales de la inteligencia humana, que durante más de dos siglos y medio hubiesen estado escondidos en un

libro tesoros de sabiduría sin que nadie de ellos se percatase. Por otra parte, el disimulo de Cervantes no tiene explicación, á no suponer que su espíritu era contrario á la moral ó á la fé ó á política de España en su tiempo, y creo haber probado que no lo era».

Dos palabras, para terminar, sobre el *Quijote*, libro del que se ha dicho «que no tiene igual «ni semejante en su género entre griegos ni la«tinos, ora se considere el artificio de la fábula, «ora los primores del lenguaje»; libro que ha sido llamado «la admiración del mundo, la envidia «de las naciones extranjeras, el recreo del vulgo, «la medicina de los malhumorados y el repertorio «de todas las gracias de la conversación», libro que ya en vida de su autor «manoseaban los ni«ños, leían los mozos, entendían los hombres y ce«lebraban los viejos».

Alguien ha comparado el *Quijote* con la *Suma* de Santo Tomás, y no sin razón, pues lo que es éste admirable libro para filósofos y teólogos, eso es aquél para los hablistas y literatos, esto es, un arsenal con todos los pertrechos y paramentos para el arte del buen decir. En él lo rico y puro de las voces corre parejas con lo nuevo y vario de los giros; la elegancia del estilo que nunca decae con la sutileza y trasparencia del pensamiento, y la gracia desafeitada campa allí en trenza y en cabello sin estar pagada de su hechizo y desenfado. En este libro tiene su casa solariega la invención, su estudio permanente la pintura de los caracteres tomada del natural; allí vira á todos los rumbos la

travesura del ingenio, hinche todas sus velas la fantasía, enciende todos sus faros la memoria, y el entendimiento, como piloto de la nave, no deja á tiempo ni á deshora de mirar al cielo en busca de orientación. En él encuentra el sabio hondura para su ciencía, el ignorante risa para su holganza, el indiscreto avisos para sus extravíos, el prudente enseñanzas para su conducta, y todos satisfacción para sus gustos, y máximas para regular su marcha por el camino sinuoso de la vida.

El *Quijote* no es una mera sátira de los libros de caballería; si tal fuera, su oportunidad hubiera pasado como la causa efímera que le dió motivo; antes bien, el interés siempre creciente que este libro despierta, revela en él algo permanente que interesa á la vida humana. La sátira literaria es el ropaje en que va envuelta la obra maravillosa del poeta. Va el *Quijote* contra los libros de caballellería, pero vive en él el espíritu caballeresco, esto es, viven en él las ideas caballerosas, el honor, la lealtad, la fidelidad y la castidad de los amores y otras virtudes que constituían el ideal del caballero, y que siempre son y serán estimadas, reverenciadas y queridas de los nobles espíritus.

Los fieros de D. Quijote cuando habla airado; los suspiros de su pecho si recuerda sus amores; las acciones y palabras del famoso caballero, grandes las unas, sublimes las otras, aire fuera todo sin la substancia fina que corre al fondo y se deposita en un lugar sagrado cual precioso sedimento. Equidad, probidad, generosidad, largueza, honra, valor, son granos de oro que descienden por entre las

sandeces del gran loco y van á crecer el caudal de las virtudes. Ni D. Quijote es ridículo ni Sancho bellaco, sin que de la ridiculez del uno y la bellaquería del otro resulte algún provecho general.

El pensamiento del Hidalgo manchego se eleva á esferas más altas á donde nunca llegó el de los *Amadises de Gaula*, ni el de los *Orlandos furiosos*, ni el de los *Palmerines de Inglaterra*; el Caballero de la Triste Figura, seco y avellanado como la madera de su lanza, enhiesto y empinado sobre los estribos de su Rocinante, es la imagen acabadísima del soñador espíritu humano, siempre en busca de aventuras fuera del círculo en que coloca á cada indivíduo su providencial destino. Vese al rústico labriego echarla de soldado, al mísero ganapán darse aires de caballero; el que no supo administrar en casa aspira á regir la cosa pública, el ignorante alardea de sabiduría, el rapsodista de originalidad, el vicioso de virtudes; y el que nunca supo obedecer llama tiranos á los que gobiernan; el que nunca probó su valor llama cobardes á los héroes, y se presenta á sí mismo como regenerador y padre de la patria. Y así anda esta pobre humanidad de decaída y maltrecha, de aporreada y ridícula, de soñadora y engañada, tomando los molinos de viento por gigantes, las ventas por castillos, á los mercaderes por soldados, los entierros per miedos de la otra vida y á los frailes inermes y pacíficos por malignos aventureros.

El *Quijote* es el martillo nó sólo de los libros de caballerías echados por él hace tres siglos de la república de las letras por falaces y perniciosos,

sino de todas las demás que no tienen por base la verdad, la justicia y la belleza que forman la trilogia en que descansa la moral literaria. Tan dignas de censura son las malas obras que los hombres llevan á cabo arrastrados por la pasión, por el orgullo, por la vanidad, como las fingidas por los poetas con detrimento de la virtud y para glorificación del vicio. A los golpes de la lanza de Don Quijote huyen dispersos como rebaños de ovejas, desde los lúbricos trovadores provenzales hasta lord Byron y Enrique Heine; desde las meretrices de Ovidio hasta las cortesanas de Zola; desde la poetisa de Lesbos que despreciada por Faón atenta contra su vida, hasta los novísimos noveladores y dramaturgos que coronan por suicidas á sus héroes.

Y mientrás tales míseros ingenios huyen y se ocultan como las sombras á la presencia de la luz, paréceme que Homero tiende al paso de Cervantes su clámide griega, que Virgilio le saluda respetuosamente, que Dante le sonríe, que Tasso le aplaude, y que Lope y Calderón, Hurtado y Solís, y Góngora y Espinel se inclinan ante él, diciéndole al pasar:—Salve, Príncipe.

He dicho.









